

meras aproximaciones y unos primeros resultados, pero "tiene el mérito de ser un esfuerzo hacia la objetividad, frente a un problema que sigue siendo lugar privilegiado de polémicas ligadas con los perjuicios y con las normas diferentes de los principales grupos de expresión".

Oscar Uribe Villegas

Jeannette Abouhamad H. y Graziano Gasparini: *Amuay, 64*. Su Gente. Su Vivienda. Facultad de Arquitectura. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1966. pp. 158.

Jeannette Abouhamad es una socióloga ampliamente informada, nutrida de lecturas, ávida de nuevos conocimientos, que realiza labor continua de investigación, de enseñanza, de intercambio intelectual. Raro caso en Latinoamérica, une a su fina sensibilidad una gran capacidad para la visión lúcida y la descripción nítida de duras realidades sociales. A partir de ésta y de sus interpretaciones, hace diagnósticos y sugiere soluciones, fiel a la prescripción de Aimé Cesaire, de no considerar la vida un espectáculo; de diferenciar bien entre "el oso que baila y el hombre que grita". Tal nos la presenta, en este punto de una carrera que hemos seguido por sus informes de investigación, este "Amuay 64", en el que colabora con el Arquitecto Gasparini, estudioso de la vivienda de la zona, autor —además— de las fotografías (muy bellas) que exornan una publicación en que (dejando atrás uno o dos errores de composición) los negros y blancos tipográficos logran feliz balance.

Venezuela es país de múltiples recursos, pero subdesarrollado; una sociedad en transición, llena de asincronías culturales, sociales, de motivación. Los cambios son, en ella, diversos por el sentido y la velocidad. La productividad difiere de uno a otro sector en relaciones extremas, hasta de 75: 1 (petróleo y minería) que se

reflejan en diferencias de remuneración. Y coexisten instituciones de distintas fases: mentalidades que van de lo arcaico a lo contemporáneo, consuntivo, de las masas.

El Estado Falcón es, ahí, escenario concreto en que una simple economía recolectora (pesca rudimentaria) contrasta con la industrial, capitalista, de un grupo extranjero con alta posición, prerrogativas y subcultura propia.

Paraguaná ofrece, agudizado, el contraste: a diez kilómetros de la refinería de Amuay ("el otro Amuay que nos robó hasta el nombre") el pueblo de Amuay, sediento de agua, de vida, que si busca cambio —Abouhamad dirá en qué modo y con qué límite— no es por inquietud anímica superior, sino por necesidad imperiosa, desesperada, de sobrevivir.

Los investigadores venezolanos eligieron Amuay como ejemplo de tradicionalismo en el que se acentúa el contraste externo de formas de vida respecto de lugares vecinos, accesibles, y la asincronía institucional interna.

Jeannette Abouhamad dice cómo estudió Amuay: usó técnicas combinadas (de la sociología y la antropología), trató de compensar extensión y profundidad (con mensuramientos y estudios de casos). Recurrió a informantes calificados; hizo entrevistas individuales y de grupo y procuró ofrecer los resultados como totalidades y no como fragmentos (según lo impondría un propósito didáctico y no de investigación).

En Amuay hay pocos habitantes; la natalidad es alta y la mortalidad tiende a disminuir. De unas 200 casas y algunos edificios públicos, sólo unos 30, en el centro, proceden de la colonia. La disposición actual —según dice Gasparini— sigue, consensualmente, un alineamiento. Pero no se puede hablar de calles, y las casas se separan unas de otras para abrir ventanas, generalmente sin vidrios. Los techos, antes de paja, hoy de asbesto (por más fresco), son —en mayor número de casos— "de tor-

ta”, conforme a la tradición indígena. Las “quintas”, (una diez) ocupan poco más de cien metros cuadrados cada una, son de techo de platablanda y constituyen el ideal de vivienda de los habitantes.

“Comunidad tradicional”, Amuay presenta acciones prescriptivas, tradición institucionalizada, falta de diferenciación institucional, relaciones particularísticas, difusas, afectivas: el cuadro conocido. Las relaciones son primarias; las visitas, entre parientes y vecinos; la familia, multifuncional; los grupos secundarios, inexistentes; el liderazgo, tradicional o situacional.

Frente al cambio, se constata la inmersión del individuo en el grupo, con libertad personal casi nula, integración basada en la conformidad y en la homogeneidad. De ahí quizás el “etnocentrismo” como forma de defensa que refuerzan las actitudes nacidas de la competencia pues “el rechazo al extranjero se refuerza por el hecho de ser los italianos quienes pescan con sistema de arrastre”. La comunidad también imparte actitudes de rechazo emocionalizado del cambio. Y como la accesibilidad de otros lugares pone ante los ojos de los habitantes otras formas de vida (“las de la ciudad”) que un 57% de padres de familia consideran superiores, no es raro que un 48% busquen cambiar, mejorar, saliendo de la comunidad.

Abouhamad es cauta. No deja de prevenir en cuanto a que “el deseo expresado, de salir de Amuay, no puede tomarse como un índice de posible adaptación a otros medios físicos y socio-culturales”.

Pero también es sintomático de cual es el sistema de fuerzas que actúa en Amuay el que —como indica la socióloga venezolana— la escuela se vea como canal de movilidad social vertical, pero [hacia] *afuera* de la comunidad. Esto le da ocasión de hacer una denuncia que suscribimos de todo corazón. En efecto, esto se debe a “la enajenación de la casi totalidad de las escuelas rurales, no sólo en

Venezuela sino en Latinoamérica”. Y, lo que es más, aun —lo que debería ser un ideario de la *educación* latinoamericana— que:

La transformación cuantitativa en la esfera de la educación es sólo uno de sus pasos necesarios, pues se requiere una transformación cualitativa. La escuela no debe ser sólo un canal de instrucción... sino que es fundamental en relación con la creación de actitudes racionales y el adoctrinamiento en nuevos valores hacia el cambio, los hábitos higiénicos, la salud, el sentido de cooperación y la eliminación de tabús y creencias que obstaculizan... la aceptación y el mantenimiento de un cambio social dirigido, efectivo, armónico y sostenido.

Jeannette Abouhamad piensa que podrían utilizarse los “medios de información de masa” (o grandes difusores) para transmitir valores fundamentales. Nosotros diríamos que esto es lo que hay que hacer (sin confundirlo con los “programas de alfabetización” o las “enciclopedias televisadas”) en el nivel nacional, y que en el de la comunidad es más efectivo usar “la oportunidad que las misas y ceremoniales brindan, de reunir personas de todo tipo, como canal para diseminar información importante para los planes de desarrollo y cambio de la comunidad” utilizando, también, el prestigio del sacerdote. Y, por similitud de la situación, diríamos que, en nuestro medio, las “Direcciones de Acción Social” (que organizan ceremonias conmemorativas) podrían usar sus actos cívicos en forma parecida, pidiendo a sus oradores que hiciesen menos desnuda historia o emocionada semblanza de héroes y subrayaran más las actitudes, las conductas, los móviles, los valores puestos en juego en la solución de situaciones problemáticas, como medio de *educar* efectivamente una juventud que aquí, como en Amuay —según el decir de la autora—, presenta una inquietud

tud canalizable en el mejor de los sentidos, aún dentro de un ambiente social que —por los demás— permanece estancado, cerrado sobre sí mismo.

Permítasenos decirlo: pocas veces hemos encontrado —incluso en niveles de refinación técnico-social— un informe de investigación en el que las grandes líneas de fuerza no se pierdan cubiertas por la hojarasca de los detalles descriptivos. En *Amuay, 64* es fácil descubrir el sistema de fuerzas que obra en la comunidad ve-

nezolana, que describe; el sistema *con el que* hay que operar y *sobre el que* hay que operar. Si Jeannette Abouhamad conserva ese sentido de lo esencial sociológico y se lo trasmite a una generación de jóvenes sociólogos venezolanos, la suerte de la Sociología estará asegurada en su país, y quizás también, la utilidad de sus estudios para nuestra patria común latinoamericana.

Óscar Uribe Villegas